



le hacia pasar al punto al de los sacerdotes y se le iniciaba en sus misterios (1).

Estos misterios consistían principalmente en su secreta doctrina sobre la naturaleza de Dios y el origen del mundo. Hé aquí cómo juiciosos sábios la compendian en vista de los modernos descubrimientos:

«La doctrina de los sacerdotes egipcios, como la de los brahmanes de la India y aun de los magos de Persia, se presenta bajo la doble forma de una teogonía y de una cosmogonía. Descansa, en el fondo, sobre un panteísmo, unas veces más físico; otras más intelectual, ó uno y otro á la vez; sobre la personificación de la naturaleza, más ó menos identificada con los poderes del espíritu, y concebida bajo el punto de vista de una misteriosa unidad en donde Dios y el universo se confunden. Se nos ha hablado de un Dios sin nombre, sin figura, incorporeal, inmutable, infinito, origen y principio de todas las cosas, y que debe ser adorado en silencio: éste es el padre, el bueno por excelencia. Dios existe en la eternidad; de la eternidad procede el mundo, del mundo el tiempo, del tiempo la generacion. Todo vive en el universo, todo vive de una sola vida, y esta vida es Dios. Así como el cielo, la tierra, el agua, el aire, son las partes integrantes del mundo; del mismo modo la vida, la inmortalidad, la necesidad, la providencia, la naturaleza, el alma, la razon, son los miembros de Dios; su punto de reunion es su bondad; no existe nada ni existirá en donde Dios no se encuentre; él es todo en el todo y por el todo; este ser único, indivisible, eterno, infinito, fué anterior al primogénito de los dioses, que fué también el primero de los reyes. El mundo ha sido hecho, no por las manos, sino por la palabra; esta palabra, que es su voluntad, es al mismo tiempo su cuerpo. El supremo Criador del universo engendró de sí mismo á este criador subordinado, hijo semejante á su padre. Es *Kneph*, el dios de Tebas, dios sin principio, dios inmortal; es *Amou*, el Júpiter tebano, el Demiurgo, el dios oculto, que se revela bajo la forma de un carnero, que hace brotar la luz de las tinie-

(1) Plut., *De Is. et Os.*

blas, que abre la carrera del año como la del mundo, y coloca á su continuacion todo el cortejo de los dioses. Es el espíritu que penetra todas las cosas, el principio de toda organizacion, el alma del mundo en fin. Se le representa entre otras maneras, bajo la figura de un hombre de color azul, para expresar que el Criador es incomprendible ó invisible; en su mano están el ángulo y el cetro, que le designan como el espíritu viviente, como el rey; sobre su cabeza hay una pluma, emblema del movimiento y de la inteligencia. En fin, es idéntico á ese *Hermés*, espíritu puro, que antes de la creacion habia escrito los libros sagrados. Con el espíritu fué dada la materia primitiva, ambos á dos nacidos del principio único, ambos á dos existiendo en él desde toda la eternidad, ambos á dos imperecederos. Esta primitiva materia es el lugar, el receptáculo y la circulacion de todas las cosas, que el espíritu penetra, llena y anima. Esta materia, llamada también el *limo primitivo*, conteniendo en sí á todos los elementos y á todas las formas elementales, era grosera y sin forma, cuando el espíritu la imprimió el movimiento, la concentró en una sola masa y la dió la forma de una esfera con todas sus cualidades. Esta esfera viene á ser el globo ó el huevo del mundo, que *Kneph* deja escapar de su boca, el verbo manifestado, la razon ó la palabra visible que el Demiurgo preferirá cuando quiera formar todas las cosas. Este mundo bello, pero no bueno, el segundo de los seres existentes, el primero de los seres que sufren, engendrado él mismo, no cesa de engendrar, porque es movable, y el movimiento no es posible sino por la generacion; es semejante á una esfera y á una cabeza, encima de la cual no hay nada de material, debajo de la cual no hay nada inteligible. El universo es semejante á un animal grande compuesto de materia y de espíritu; es una grande divinidad, imágen de otra más grande, unida á ella, habitando en ella como en la fuente fecunda de toda vida (1).»

Tal es el fondo de la teología egipcia. To-

(1) M. Guigniaud con MM. Creuzer Goerres, *Religions de l'antiquité*, t. I, part. 2, pág. 822.



das las grandes verdades se encuentran en ella; un Dios supremo que produjo todo por medio de su palabra. Mas todo esto se halla envuelto en una infinidad de alegorías, de símbolos, cuya clave sólo poseían los sábios, y que venían á ser para el vulgo objeto de la más grosera superstición. Además, los sábios mismos, en vez de conservar intactas las verdades primitivas, las alteraban por sus explicaciones. Dios sólo existe, decían ellos; Dios sólo lo ha producido todo, ¿pero de dónde? De su propia sustancia, fué su razonamiento. Por eso, todo era Dios, se podía adorar todo. Moisés, no solamente penetra en estos misterios de la ciencia, sino que sacará la verdad cautiva, la desembarazará de los sistemas y de los razonamientos científicos, y la mostrará en su primitiva sencillez, no á algunos adeptos, sino á todo un pueblo, á todo el género humano. Así comenzó la regeneracion, no sólo de la posteridad de Jacob, sino todas la posteridad de Adam. Preparará esta universal restauracion todavía por otro lado. Para los sábios del Egipto, las letras mismas eran un misterio. Escribian, no con caracteres alfabéticos que estuviesen al alcance de todo el mundo, sino con tres clases de emblemas, cuyo secreto ellos solos poseían. Moisés, no solamente penetra estos misterios jeroglíficos, sino que les hará en adelante inútiles, escribiendo la divina historia del género humano y de su nacion en la lengua madre del Oriente, y con caracteres alfabéticos, que todo el mundo podrá conocer y leer sin mucho trabajo. Hé aquí cómo desde entonces Moisés preparó el universo á la restauracion completa de Cristo.

Éra ciertamente, según dice San Estéban, poderoso por sus palabras, por sus luces y por sus conocimientos. Antiguos autores profanos le tributan el mismo testimonio. Artapán cuenta que los sacerdotes del Egipto llamaron á Moisés *Hermés* ó el *Intérprete*, el sábio por excelencia. Eupolemo añade que fué el primer sábio; el primero que dió las letras á los judíos, que las comunicaron á los fenicios, y los fenicios á los griegos (1). Lo que confirma esto

(1) Artap., *apud Euseb. prep.*, lib. IX, capítulo XXVII. Eupolemo, *apud eumd.*, cap. XXVI y Clem. Alex. Strom., lib. I.

es que los griegos conviene en haber recibido su alfabeto de Fenicia; y aunque esto no fuese bastante, el alfabeto mismo lo dice concluyentemente. En griego, los nombres de las letras, como *alfa*, *beta*, son extranjeros y no significan nada, mientras que en fenicio ó en hebreo cada nombre significa la cosa cuya letra parece haber sido primitivamente la figura. Este es uno de los artificios de los jeroglíficos egipcios. En lugar de disfrazarse con estas sábias tinieblas, Moisés lo expondrá todo á la luz del día. Entre esta infinidad de emblemas jeroglíficos, escogerá quizá una veintena de los más sencillos para formar, ó al ménos regularizar, el alfabeto hebreo, que comunicado á los griegos ó á los latinos, facilitará tan prodigiosamente la inteligencia de las lenguas y la propagacion de las luces (1).

San Estéban dice además, que Moisés era poderoso por sus obras antes que hubiese abandonado la corte de Faraon. La Escritura no nos dice cuáles fueron estas obras de poder; pero el historiador Josefo y Artapán, citado por Eusebio, nos hablan de una guerra que Moisés dirigió con mucha gloria. Los etíopes que habitaban al Mediodía del Egipto habian hecho muchas incursiones en este reino y batido á las tropas que Faraon habia enviado contra ellos. Este éxito les inspiró tanta audacia, que marcharon sobre Memphis. En este extremo, Moisés, colocado á la cabeza del ejército egipcio, no sólo les destrozó, sino que entró en la Etiopía, se apoderó de muchas ciudades, sitió á la capital, llamada entonces Saba, y despues Meroé, en donde se condujo con tanta bravura y generosidad, que los enemigos vinieron á ser sus amigos. La princesa de Etiopía, según Josefo, quiso ser su esposa; y según Artapán, los etíopes recibieron de él el uso de la circuncision (2).

Aquí más de un lector que no sepa antes lo que luego hemos de narrar, se dirá: «Veo muy bien ahora cómo concluirá todo. El victorioso Moisés va á ponerse á la cabeza de los hijos de Israel; estos le seguirán con entusiasmo; los

(1) Schlegel, *Philosophie de l'histoire*, t. I, página 167.

(2) Josefo, *Antiquit.*, lib. II, cap. V.—Euseb. *Prep.*, lib. IX, cap. XXVII.



egipcios, agradecidos, le dejarán ir en paz, y como no hay más que tres días de camino del Egipto á Canaan, todo se concluirá prontamente y sin ningun trabajo.» Será todo lo contrario. Dios no quería solamente introducir á los israelitas en la tierra de promision; queria sobre todo formar un pueblo, y un pueblo tal, que pudiese durar hasta el fin del mundo; queria tambien, con este motivo, instruir á todos los pueblos. Ahora bien: despues que el abuso del bien ha producido el mal, no es sino con mucho mal como se opera el bien, sobre todo un bien tan considerable como la educacion de todo un pueblo y de todo el género humano.

Segun la relacion, muy creible, de Artapán y de Josefo, Faraon tuvo envidia de su hijo adoptivo (1). Moisés, por su parte, elevándose sobre las riquezas del Egipto, renunció á la adopcion real, y prefirió tomar parte en la afliccion de sus hermanos. Habiendo salido para verlos, se encontró á uno que era golpeado por un egipcio. Mirando á un lado y á otro, y viendo que no habia nadie, mató al egipcio y le escondió en la arena (2).

Segun una antigua ley de Egipto, el que pudiendo salvar á un hombre atacado no lo hiciese, era castigado á muerte tan rigorosamente como el asesino (3). Se puede creer, en un sentido, que Moisés no hizo más que conformarse á esta ley. «Pensaba tambien, dice San Estéban, que sus hermanos comprenderian por esto que Dios les libertaria por su mano (4).» «Lo cual indica, añade San Agustin, que habia recibido desde entonces una orden de Dios para ser el jefe y el libertador de su pueblo, aun-

(1) Josefo, *Antiquit.*, lib. II, cap. V.
 (2) Exodo, 2 12.
 (3) Diodor., lib. I, cap. LXXVII.
 (4) Act., 7, 20.

que la Escritura no lo dice expresamente (1).» Pero sus hermanos no le comprendieron. Y saliendo al dia siguiente, vió reñir á dos hebreos, y trató de ponerles en buena armonía, diciéndoles: «Amigos míos, sois hermanos; ¿cómo os haceis injuria uno á otro?» Mas el que tenia culpa, le respondió, diciendo: «¿Quién te ha puesto por principe y juez entre nosotros? ¿quieres por ventura matarme, como mataste ayer al egipcio?» Moisés temió, y dijo para sí: «Ciertamente la cosa está descubierta.» En efecto: Faraon supo lo que habia pasado, y buscaba á Moisés para matarle, el cual huyó de su presencia, habitó en la tierra de Madian, y sentóse junto á un pozo (2).

Ahora bien: el sacerdote de Madian tenia siete hijas, que vinieron á sacar agua; y habiendo llenado los dornajos, deseaban dar de beber á los ganados de su padre. Sobrevinieron unos pastores, y las echaron. Entonces Moisés se levantó, tomó su defensa, y dió de beber á las ovejas de ellas. Cuando volvieron á Raguel, su padre, las dijo: «¿Por qué habeis venido más pronto de lo acostumbrado?» Respondieron: «Un hombre egipcio nos ha librado de mano de los pastores, y además sacó agua con nosotras y dió de beber á las ovejas. Él replicó: «¿En dónde está? ¿por qué dejásteis ir á ese hombre? Llamadle para que coma pan con nosotras. Moisés consintió en habitar con él, y tomó por mujer á Séfora, su hija, la cual le parió un hijo, que llamó Gersám, es decir, peregrino allí, diciendo: «Peregrino fui en tierra ajena.» Dió á luz otro, que llamó Eliezer, es decir, Dios mi protector, diciendo: «El Dios de mi padre, que es mi protector, me sacó de la mano de Faraon (3).»

(1) *In Exod.*, q. 2.
 (2) Exodo, 2. act. 7.
 (3) *Ibid.*, 2.

CAPÍTULO IV

Vida de Moisés en Madian.—La zarza ardiendo.—La vara de Moisés.—Tragedia griega de Moisés.—Su vuelta á Egipto.—Encuentro de Aaron.—Ven á Faraon.—Recrudescimiento de la opresion.—Quejas de Israel.—Endurecimiento de Faraon.—Triunfo de Moisés sobre los magos de Faraon.—El milagro, su definicion, medios de reconocerle.—Milagros del paganismo.—Si el milagro altera el plan de la Providencia.—Doble objeto de las plagas de Egipto.—Supersticion de los egipcios.—Las diez plagas.—Fin especial de algunas de ellas.—Impotencia de los magos.—Conversiones efímeras y reincidencias sucesivas de Faraon

Los madianitas, segun lo hemos indicado ya, descendian de Abraham por Cethura. Ocupaban diversas regiones de la Arabia, se unian voluntariamente, á lo que parece, á otros pueblos, tales como los ismaelitas y los moabitas. Unos eran mercaderes, otros pastores. Raguel parecia haber sido de estos últimos. Muchos creen que al mismo tiempo era sacerdote y rey de Madian, como Melquisedec lo habia sido de Salem. Por lo demás, cuando se trata de un rey de los árabes, no hay que figurarse nunca á un monarca absoluto; este no era frecuentemente más que el jefe ó el patriarca de la tribu, como todavia se ve hoy entre ellos. Hay algunos que creen que Raguel, de quien aquí se habla, era el abuelo de las siete hijas; que Jethro, del cual hablaremos dentro de poco, era su padre (1); y que Hobab, que más tarde servirá de guia á los hijos de Israel, era hermano suyo. Otros suponen que Raguel y Jethro son un mismo personaje. Segun todas las apariencias, era, como Melquisedec, sacerdote del verdadero Dios; en efecto, Moisés se une á él, forma parte de su familia, y Jethro, á su llegada al campo de Israel, ofrecerá sacrificios al Señor. En fin, su tribu entera seguirá al pueblo de Dios en la tierra prometida, en la cual subsistirá y llegará á ser poderosa bajo el nombre de Cineos.

Moisés tenia cuarenta años cuando huyó de

Egipto. Vivió otros cuarenta en la tierra de Madian, en la cual pastoreaba los ganados de Jethro, su suegro. Entonces es cuando pudo escribir la historia de Job; aun existe entre los árabes; todavia podia vivir el mismo Job restablecido en su primitiva posteridad. Su ejemplo era muy propio para sostener la paciencia de Moisés y de su pueblo.

El primer rey de Babilonia comenzó por ser un fuerte cazador; el primer jefe de Israel comenzó por ser pastor. El cazador no piensa más que en coger y matar; tal es un tirano. Así Homero llama á los buenos reyes, no cazadores, sino pastores de pueblos; algunos lo eran realmente de ganados. Y de hecho, dirigir ganados, apacentar el rebaño balante, es como un noviciado para gobernar hombres, apacentar el rebaño parlante, como dice el lenguaje antiguo. El pastor ama á sus ovejas y las conoce; las llama por su nombre, marcha delante de ellas, las conduce á los buenos pastos, las aparta de los malos, combate sus enfermedades, venda sus heridas, las lleva en sus brazos cuando están fatigadas, las reanima en su seno, comparte con ellas su propio alimento, las busca por montes y por valles cuando se han descarriado; las lleva con alegría sobre sus hombros, vela por ellas noche y dia, las defiende cuando peligran su vida contra los lobos, los osos y los leones. Tal será para todos el buen pastor por excelencia; tal será ya Moisés para los hijos de Israel. Ahora conduce por los

(1) Exodo, c. 3 y 18.